

DÍAS FELICES

GUSTAVO MARTÍN GARZO



Kathleen Raine (Londres, 1908-2003) es una autora prácticamente desconocida en nuestro país. De su obra poética sólo se habían editado hasta ahora una pequeña colección de poemas, traducidos por M. Manent, titulada 'Poemas' (1951) y 'En una desierta orilla' (1973), el libro que escribió a la muerte de su amigo Gavin Maxwell, un arruinado aristócrata escocés, que vivía en la costa de Escocia, frente a Skye, la isla que Virginia Wolf inmortalizó en su obra 'El faro', y con el que Kathleen Raine mantuvo una singular relación amorosa.

Hemos tenido que esperar hasta este mismo año para que se editen dos de sus obras esenciales, sus 'Ocho ensayos sobre William Blake', donde nos habla de los misterios de la creación; y 'Adiós, prados felices', el primer tomo de su autobiografía, cuidadosamente traducido por Natalia Carbajosa y Adolfo Gómez, responsable también de una selección de poemas de la autora, aparecida en el año 2008, titulada 'Poesía y naturaleza'.

«¿Qué es todo el arte y toda la poesía del mundo—escribese el reflejo del recordado paraíso, lamento de nuestro exilio?». Adiós, prados felices, es el título del primer tomo de sus memorias. Es un libro extraordinario en que nos narra su infancia en una pequeña aldea junto a la frontera escocesa, y su posterior traslado con su familia a un suburbio de Londres. El título procede de un verso de 'El paraíso perdido' de John Milton: «Adiós prados felices, / donde por siempre habita la alegría». El libro entero es una pastoral, una celebración de la belleza del mundo. Kathleen Raine habla de su niñez, de su relación honda y mágica con su madre, de su contacto maravillado con la naturaleza. De su descubrimiento de la poesía, que antes de existir en las palabras se confunde con las aves, los manantiales y las piedras que hay a su alrededor.

Su madre, nos recuerda, solía recitarle a la hora de dormir un poema de George MacDonald: «¿De dónde vienes bebé adorable? / Vengo de todas par-



:: ILUSTRACIÓN BEATRIZ MARTÍN VIDAL

La piel de foca

tes para aquí quedarme». El paraíso, nos dice Raine, es un estado en que realidad interna y externa son una, el mundo en armonía con la imaginación. Y los niños habitan con naturalidad pasmosa esa armonía. Ellos viven en el mundo de las correspondencias, donde hombres y animales, vivos y muertos, los sabios y los que nada saben hablan una única lengua.

A Kathleen Raine le gustaban mucho esos dramas legendarios que por repetirse incontables veces carecen de edad. Uno de ellos se situaba en las costas de Escocia. Hablaba de mujeres que habían sido focas antes de vivir entre los hombres. Amaban a un campesino y se transformaban en humanas para seguirle. No importaba lo felices que fueran a su lado, con el paso del tiem-

po se volvían melancólicas, sobre todo cuando miraban el mar. Ellas no sabían qué les pasaba, ya que al transformarse en mujeres olvidaban cuanto concernía a su antigua naturaleza, pero sus esposos sí. Por eso estos guardaban escondidas sus pieles de focas. No podían dárselas, aunque las vieran sufrir, porque entonces, olvidadas de su condición humana, regresaban al

mar del que procedían y no las volvían a ver.

La piel de foca es un símbolo de la imaginación. El poeta «pertenece al grupo de los que no pueden olvidar», de los que no pueden soportar el vivir exiliados del Edén, pues el recuerdo de ese exilio es demasiado doloroso para ellos. La piel de foca nos dice que no estamos solos, que la vida es una corriente inmensa que compartimos no sólo con los otros individuos de nuestra especie, sino con los animales y los bosques, con las dunas de los desiertos y los cielos salpicados de estrellas. Aún más, habla del anhelo de felicidad. «Creía que todas las flores del mundo eran mías», escribe Kathleen Raine recordando la emoción que le producía de niña salir al campo y que-

darse contemplando los prados cubiertos de flores.

Había dos mundos. El mundo de su padre, obsesionado con la moral, y la rectitud calvinista de la Iglesia Presbiteriana; y el mundo de su madre, más claro, libre y abierto a lo maravilloso. «Mi madre nunca se consideró buena ni hizo esfuerzos por serlo. Tenía el don de olvidar todo el pecado del mundo con el placer de contemplar la caída de una hoja o el rebrote de una flor». La niña Kathleen Raine cree, gracias a su madre, que el mundo no es un lugar riguroso o severo, todo en él se perdona. Las cosas hermosas del mundo son demasiado fuertes y no es posible causarlas daño. «Yo quería saber lo que había en el corazón de todo», anota en otro momento. Habitar ese corazón es formar parte de «la estirpe de oro», algo que sólo los niños y los poetas consiguen. Ese oro, como el trigo de la parábola, está por todas partes y nuestra tarea es recoger la parte que nos ha tocado en suerte e impedir que se pierda o marchite. «De niña yo me sabía entre los elegidos; nunca lo dudé. Quizá todas las almas sean elegidas, aunque no todas despierten al autoconocimiento. Desde luego no había nada competitivo en mi sentido de la vocación; porque la vocación se distingue de la ambición en que no concierne a nadie excepto a uno mismo; es secreta; sus obligaciones son, por autoimpuestas, ineludibles».

Kathleen Raine amaba la poesía porque satisfacía su anhelo insaciable de belleza y prodigios y ampliaba el campo de su libertad. Porque ¿qué podían representar las pequeñas vidas de las mujeres focas en sus casas humildes, atendiendo a sus maridos e hijos, cuidando a sus ovejas y labrando su huerta, comparadas con las vidas que habrían podido tener en el mar, arrebatadas por las corrientes y olas, nadando libres entre los arrecifes poblados de criaturas desconocidas?

En un momento de sus memorias, Kathleen Raine recuerda algo que le sucede a una compañera en el colegio. Es una niña marginal y sucia, a la que castigan severamente, golpeándola con una vara. La niña llora desconsolada, sin dejar de decir «es el día de mi cumpleaños». Kathleen Raine se rebela contra un mundo que puede castigar a una niña en un día así, un día que solo le pertenece a ella. «Si incluso a una niña fea y sucia se le podía pegar con una vara el día de su cumpleaños, ¿dónde estaba la justicia, donde el refugio sagrado?». La poesía es devolver al mundo la dignidad y la belleza del paraíso, ocupar el lugar de esa niña sucia y hacer de su anhelo de felicidad un reducto inviolable, un refugio sagrado.